



DE DON CARLOS DE UDARCA, *Y DOñA ISABEL DE CONTRERAS.*

DECLARANSE LOS VALERO-ſos arreſtos, y muertes que hizo eſte Mancebo por los amores de ſu Dama.

PRIMERA PARTE.

ROmpa la voz el ſilencio
de esa fulminante esfera,
para dar claras noticias,
atencion que yà comienza
lo rustico de mi ingenio,
y lo torpe de mi lengua,
á referir por extenso
el amor de una Doncella.

En la Ciudad mas ilustre,
que toda España rodéa,
en la inſigne Zaragoza,
apacible, amena, y fresca;
vivia Don Agustin
con su Esposa Doña Andréa;
dióles el Cielo una hija
tan hermosa que se lleva

la gala de las mugeres,
por que Cupido con quexa,
en sus dos hermosos ojos,
les quiso poner dos flechas,
siendo las cejas dos arcos,
que vencedoras penetran
al corazon de los hombres,
pues á quantos mira, dexa
del amor arrebatados
aquesta Diosa Minerva;
pero voy a la substancia,
y digo, que aquesta prenda
apenas cumplió tres lustros
de su edad florida, y bella,
se pagó de un Caballero
de la Ciudad de Valencia,
que por no sé què cosillas,
está ausente de su tierra.
Y apenas que lo han sabido
sus padres casarla intentan
con un Primo de esta niña,
que es Mayorazgo en su tierra.
Mas ella que lo ha sabido,
á su amante le escriviera,
diciendo: Señor Don Carlos,
sabrá su merced por ésta,
como mis padres me casan
violentada de manera,
que si usted no ha de sacarme,
me daré la muerte fiera
al silencio de un veneno,
ó á lo recio de una cuerda.
No haya falta, dueño mio,
mira que el plazo se acerca:
quien mas te estima, y adora
Doña Isabel de Contreras.
Con esto cerró el villete,
y se lo dió á una tercera,
que se lo lleve á Don Carlos:
el qual de verlo se alegra,
diciendole á la Criada:
Diga usted, que se prevenga,
que en aquesta misma tarde
la he de sacar, por que sepan,
que soy Don Carlos de Udarca,
Caballero de Valencia,
que lo he hacer con las manos
como lo dice la lengua.
Y vistiendose un coleto,
un calzon, y media negra,
unos zapatos morunos,
por que á su vista se alegran,
una charpa, y seis pistolas,
un trabuco que se lleva
del porte de una naranja
la bala que dentro encierra.
Y montando en el cavallo
con dos cortas escopetas,
y una espada de las anchas,
capote, capa, y montera.

iba

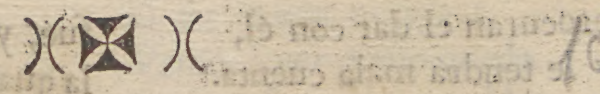
iba mas galán que el Sol,
y mas fuerte que una piedra.
Ala calle de su Aurora
llegò, y haciendo una seña,
la Dama que está en aviso,
se baxó por la escalera;
pero al salir á la calle,
la desgracia que lo ordena,
encontróse con su padre,
y su primo, que la cerca,
diciendole: Adonde vás?
ella respondió severa:
A recibir á mi dueño;
con esto el primo se alegra.
Y estando en estas razones
Don Carlos tocò á la puerta,
el padre que anduvo pronto,
tiró del pestillo, y entra
diciendo: Señores mios,
yo vengo por esa prenda,
y me la tienen de dar
por voluntad, ó por fuerza.
Desque oyen estas razones,
como dos serpientes fieras,
arrancando las espadas,
á Don Carlos se vinieran;
mas fueron bien recibidos,
por que á la prontitud diestra
de la voz de una pistola,
con dos balas le penetra
los pechos á su enemigo.
El Tio, que aquesto viera,
bufa como toro herido;
pero pagò con la mesma
cantidad que su sobrino,
y asi fueron á dar cuenta,
al Supremo Tribunal:
De Dios alcancen clemencia.
A este tiempo los Sobrinos
toda la casa rodean,
avisan á la Justicia,
la qual vino muy ligera,
diciendo: Date á prision,
ó la muerte te condena.
Mas arrancando el trabuco,
hizo su oficio la piedra,
desabrochando la ira
de la polvora perversa
aquella perversa bala,
que cinco vidas se lleva,
dexando al Corregidor
el cuerpo sin la cabeza.
Hizo despoblar la calle,
y queriendo salir fuera,
nueve Soldados le embisten,
y toda la parentela
de aquel Angel Peregrino,
que con sollozos se quexa,
diciendo: Dueño querido,
ya la muerte se me llega,

por

porque te miro cercado
de tanta gente perversa,
que te tiran ſin piedad
á dar muerte en mi presencia.
mas ſi he de vivir ſin tí,
no quiero la vida, muera
yo tambien, que he ſido causa,
que en ese lance te veas,
y aſi llevaré con gusto
el morir en tu presencia.
Dixo, y cambiando de trage,
calzon, coleto, y montera,
dos piſtolas, y una espada,
salió á la calle ligera
por amparar à su dueño.
Recibió aquesta Doncella
tres heridas en el pecho,
y un balazo á la ſinieſtra
mano, con que desmayada
se rindiò sobre la tierra.
Y viendo el Señor Don Carlos
herida á su amada prenda,
se mete por las espadas,
como por su casa mesma,
atropellando contrarios,
que el enojo no lo dexa
parar, con que despoblado
con grande liberaleza
hizo paso franco, y toma
el amparo en una Iglesia
con su dueño, que en los brazos
como amante se la lleva.
Cercaron todo el Convento
de la Serafica Regla
del que es precursor del Sol,
y los Padres con presteza,
por unas tapias lo sacan,
pasandolos á otra Igleſia,
para ponerlos en cura,
por si la Juſticia entra,
que tambien el Caballero
sacó once herídas adversas.
Adonde los dexarémos
en eſta parte primera,
que prometo á mi Auditorio,
en la segunda que queda,
se dirá mas por extenso
el fin de aqueſta Doncella,
y de su querido amante,
en todo la verdad cierta.

F I N.

Se hallará en Malaga en la Imprenta de D. Felix de Casas, y Martinez, frente el Santo Criſto de la Salud.





SEGUNDA PARTE

DE LOS VALEROSOS HECHOS DE Don Carlos de Udarca, y de como se casó con su Dama Doña Isabél de Contreras. Con todo lo demás que verá el curioso Lector.

SUpuesto noble Auditorio,
que en otra parte primera
dixe, què daria fin
de toda aquesta tragedia:
Pasados quarenta dias,
con muy corta diferencia,
Don Carlos se vido sano,
y sus cicatrices buenas,
preguntando por su dueño,
los padres dan por respuesta,
que en las Monjas Capuchinas
se deposita, y que sepa,
que todavia está mala,
pero vea lo que intenta
para salir de aquel Pueblo,
que con pesquisas ligeras,
y requisitorias largas,
que á toda España rodean,
pro-

procuran el dar con él,
y le tendrá mala cuenta.
Oyendo aqueſtas razones,
dispuso ver á su prenda;
y para la execucion
fuè á las Monjas, y se llega
al torno, y dando dos golpes
le respondió la Portera.
Y él le dice: Madre mia,
Sabe uſted ſi eſtá yá buena
una Señora, qne vino
herida, y para mas señas,
Doña Isabél es su nombre.
y su apellido Contreras?
la Monja le respondió:
Ya esa Señora eſtá buena,
pero toda via debil,
pueſta en la convalecencia
aſiſte: Si quiere uſted
que lleve, ó diga qualquiera
recado, que usted me mande,
lo haré con pronta obediencia.
Pues tome, Madre, este anillo,
y digale á esa Doncella,
ſi lo conoce, que aguardo
en el Libratorio, y sea,
ſi puede ser su venida,
ò que ſino, la respuesta.
Con esto se lo entregó,
la Monja con grande priesa
fué, y se lé dió á la Señora,
la qual de verlo se alegra,
por que ſin tardarse un punto
baxóse por la escalera.
Aſi que vido á su amante,
uno, y otro vierten perlas
por los ojos de contento.
Y le dice la Doncella:
Dime, mi bien lo què harémos,
ya tu estás sano, y yo buena;
pero en aqueste contorno
nos tiene muy mala cuenta
el quedarnos, con que asi
puedes elegir qualquiera
medio para que salgamos;
que pues dices, que en Valencia
tienes todos tus parientes,
discurro, que fuera buena
idea de irnos allá,
gozarémos de la Iglesia
la Divina Bendicion,
que puede ser que aſi tengan
descanso nueſtras fatigas,
el alivio á tantas penas.
Què te parece, Don Carlos?
Decìs bien, Señora, sea
quanto antes el viage.
Pues en esta noche mesma,
ſi te parece, saldrèmos.
Y previniendo las prendas.

jo-

joyas, y galas costosas,
con cantidad de moneda,
salieron en un cavallo,
la buelta para Valencia
toman, ſin hacer parada
en posada, casa, ó Venta.
Siempre caminan de noche;
y una mañana, que apenas
el claro, y luciente Febo
daba luz á las tinieblas,
se apartaron del camino,
toman una oculta senda
en lo intricado de un bosque,
en medio de una arboleda
se ſientan á descansar,
con cariñosas ternezas
quedò dormido Don Carlos.
Mas la señora que vela,
oyó ruido, y bolviendo
la cara, vido que eran
diez famosos Vandoleros,
que atemorizan la tierra.
quiso ocultarse, y no pudo,
porque aunque anduvo ligera,
uno de los compañeros
los divisó, y con presteza
á los suyos les ha dicho:
Amigos, tenemos presa.
Vén ustedes donde están
dos personas, y se prueba
el ser la una muger.?
Vamos á ver còmo queda
nuestra fortuna, que bien
parecen gente de prendas.
La Señora con sollozos,
que quebrantaba las piedras
dispertó á su tierno amante,
diciendo de esta manera:
Levanta, dueño querido,
que oy nueſtra vida se queda
en manos de eſtos Vandidos.
Prenda mia, y quantas penas
á mi corazon ahogan!
pues veo tantas tragedias
como nos eſtán pasando,
ſiendo la causa yo mesma.
Eſtando en eſtas razones,
Don Carlos, que se recuerda.
oyendo aqueſtos lamentos,
le dice: Querida prenda,
què tienes? por què suspiras?
quièn ofende tu belleza?
y rodeando la cara,
vido pronto la evidencia.
Se levantó presuroso
con el trabuco, y se queda
plantado, diciendo: Amigos,
alto, no pasen ſiquiera
un paso, por que á no hacerlo,
hemos de regar la tierra

con

con la purpura que está
encerrada en nuestras venas:
mas viendo tal desahogo,
los Vandoleros se quedan
pasmados de su osadìa.
Y el Capitan les dixera:
Matadlo, á quando se aguarda?
Don Carlos, que aquesto oyera,
el corazon le partiò
al Caudillo, y tambien dexa
otro compañero herido.
Aqui si fuè la pendencia
mas reñida que se ha visto,
ni en las historias se cuenta.
Le mataron el cavallo,
y lehan quebrado una pierna,
no del todo, pues que pudo,
montar con liberaleza
en otro sobervio bruto,
y al que no mata, atropella
colerico, y enojado,
la Señora casi muerta,
muy desmayada decia:
Asiste fortuna adversa;
con que rigor me maltratas!
En mí se empleó tu rueda.
Huyeron tres Vandoleros,
los otros siete se quedan
difuntos en la estacada;
Dios les dé su gloria eterna.
Don Carlos que se quedó
con la victoria, se llega
á su querida, y le dice:
Levanta, querida prenda,
nos irémos á un Lugar,
que estará de aqui tres leguas,
para curarme esta herida,
que saliendo con presteza,
al amanecer estamos
en la Ciudad de Valencia.
A la casa del Obispo
irémos á darle cuenta.
Llegaron como lo he dicho,
y su Ilustrisima queda
admirado, solo en ver
lo que el amor atropella.
Les echò las bendiciones,
y con explendidas mesas
se celebraron las bodas,
y apadrinados los dexa
con el Virrey; pero ahora
suplica Juan de Ribera,
que le perdonen las faltas
de sus ignorantes letras.

F I N.